

ALMUDENA GRANDES, *El lector de Julio Verne. La guerrilla de Cencerro y el Trienio del Terror, Jaén, Sierra Sur, 1947-1949*, Barcelona, Tusquets, 2012, 424 págs.

Almudena Grandes (Madrid, 1960) ha escrito muchas novelas de éxito de público y de crítica, y es uno de los nombres con más proyección internacional del panorama de la narrativa española contemporánea. Su consagración vino de la mano de todas y cada una de las novelas que han precedido a esta, una tras otra, desde su famosa ópera prima *Las edades de Lulú* (1989) hasta *El lector de Julio Verne* (2012), que ahora nos ocupa, superándose siempre y creando historias que han emocionado y encandilado a miles de lectores a lo largo de otras tantas miles de páginas. Poco, en ese sentido, nos quedaría por añadir de una trayectoria jalonada de éxitos que han sido calificados como obras maestras en muchos casos.

Dicho esto, baste decir que *El lector de Julio Verne* es una novela emocionante de principio a final. Forma parte de los *Episodios de una guerra interminable*, un proyecto ambicioso del que es su segunda entrega, tras la celebrada *Inés y la alegría*. Las cuatrocientas páginas de *El lector de Julio Verne* están divididas en tres partes bien equilibradas, subdivididas cada una de ellas en tres capítulos, más un epílogo breve. Cada una de esas partes tiene la fecha de un año, a saber: 1947, 1948 y 1949, los cuales van marcando los cumpleaños de Nino (apócope de Antonino), el niño protagonista que desde los nueve años va cumpliendo diez, y después once, por lo que tendríamos a un niño nacido en 1939, justo el año de la victoria franquista.

Ambientada con maestría en un pueblo de la Sierra Sur de Jaén, Fuensanta de Martos, la novela nos cuenta la historia de Nino, pero al mismo tiempo se imponen los hechos que se viven en aquel lugar y en la época, de los cuales nuestro pequeño protagonista no se puede sustraer, esto es la persecución, muerte y secuelas de la guerrilla –maquis– que se había echado al monte tras la contienda civil y que, hasta 1947, en la figura de su cabecilla, Tomás Villén Roldán, alias Cencerro, había plantado cara y esquivado el régimen imperante. Cencerro se había evadido de la cárcel de Alcalá la Real (siempre en la provincia de Jaén) en 1940 y se echó al monte, un monte que entonces estaba plagado de cortijos y ventas pobladas, sembradíos y recodos. Se hacía vida en el campo y el guerrillero logró establecer una tupida red de enlaces, convirtiéndose en un fuera de la ley muy popular, por el cariz de sus golpes, una especie de Robin Hood de la

provincia, muy buscado durante siete años en los que esquivó a la Guardia Civil durante innumerables veces. Finalmente el 17 de julio de 1947 se suicida en una casa de Valdepeñas de Jaén, junto a su lugarteniente, José Crispín Pérez, tras dos días de asedio y un espectacular despliegue y asalto militar en el que se dinamitaron dos casas y perdieron la vida siete personas. Pero su muerte no quedó ahí y su leyenda fue agrandándose durante años y décadas, formando parte de la memoria colectiva de una comarca que, por mucho que quiso oficialmente condenar su historia al olvido, nunca lo hizo, ya que fue vivida y revivida por el pueblo.

Con estos ingredientes históricos verídicos, y fiel apegada a la realidad, la historia de Nino posee una fuerza inusitada y la leemos con entusiasmo y emoción, ya que el pequeño personaje es hijo de un guardia civil destinado en Fuensanta de Martos. Encontrarse en esa situación nos deparará un final inesperado, cuando incluso Nino, con once años, sirva al teniente Michelín como ayuda para ir a avisar a su padre a las afueras del pueblo, pudiendo escapar los guerrilleros por otro camino. La actitud de la pareja de guardias civiles será muy práctica y resolutiva, tras tantas muertes y sufrimiento, optando por dejarles escapar de manera tácita, cubriéndose las espaldas precisamente por el hecho de que el teniente hubiera enviado al niño a avisarles. Nino, desde el principio, y cada vez más, se verá envuelto en diversas circunstancias de la resistencia franquista. También desde el principio se hace amigo de un forastero que ha venido hace poco al pueblo, Pepe el Portugués, quien acabará siendo un enlace para ayudar a la guerrilla. Las idas y venidas de Nino al cortijo de las Rubias, donde aprende a escribir a máquina, le pondrán delante de episodios tangenciales en el devenir de la guerrilla, con los que a la postre acabará formando su propio poliedro de lo que sucede, detectando quién es quién en aquel complejo mundo de dobles identidades. La trama, tan bien urdida, va de la mano de un ritmo tenso y dinámico en el que se suceden las reflexiones del niño, las escenas familiares, etc., con diálogos ágiles que hacen de la lectura de esta novela un placer. Los aciertos narrativos son muchos, e innumerables, como por ejemplo este, ya al final de la novela:

Y si aquella misma noche no hubiera entendido por fin cómo pudo mi padre matar por la espalda a Pesetilla, si no hubiera comprendido la exacta dimensión de la violencia, de la humillación y la tristeza a la que todos estábamos sometidos, en el cuartel y en el pueblo, en mi

casa y en las de los demás, si no hubiera identificado el origen del terror que se expandía de arriba abajo para infectarlo todo, todo acto y todo pensamiento, como un virus venenoso del que sólo se podía huir por un camino, creo que aquel hombre hasta me habría dado un poco de pena, la guerrera tensa sobre la barriga, los botones a punto de explotar, el poco pelo despeinado, untado de sudor, más Michelín que nunca y la mirada vacía de los cobardes, que son crueles porque son cobardes, que son torpes porque son cobardes, que son mezquinos porque son cobardes (p. 364).

En fin, con este ritmo y pulsión narrativa, las cuatrocientas páginas de la novela nos van envolviendo desde esa primera parte en la que se desarrollan de manera paralela las historias de Cencerro y de Nino, y a partir de ahí se urde la fábula del niño, que con mirada omnisciente de adulto (que es quien realmente narra), pero con extrema sensibilidad, nos va acompañando, creciendo en su mirada y sus horizontes, descubriendo el mundo que le rodea. No habría que dejar de señalar los motes y apodos de los personajes, que aportan verosimilitud a la acción, presentándose como el contrapunto de la diégesis del niño y de la trama ficcional, de sabia herencia galdosiana. Este efecto de lenguaje directo, claro y sencillo, sin renunciar a la tensión narrativa, es lo que convierte a esta novela en un paradigma de relato perfectamente construido, capaz de transmitir y emocionar, con mil herramientas y técnicas empleadas que nos demuestran que estamos ante un texto muy a tener en cuenta para todo aquel que quiera aprender a escribir una buena, una gran novela.

JUAN CARLOS ABRIL
Universidad de Granada